

Paola Mora

“El Kent me armó como persona”

La historia de Paola Mora con el Kent se rememora a principios de 1988 cuando ingresa a prekinder. Toda su enseñanza la llevó a cabo en la institución de Alejandro Tarragó hasta egresar en el 2001. Paola es una fiel representante del espíritu del Kent, del cual todavía recuerda con mucho cariño.

¿Cómo llegas al Kent?

Mis papás tenían como prioridad que yo supiera hablar bien inglés y que también tuviera una educación bastante heterogénea, que no estuviera muy marcada por la religión ni ciertas tendencias políticas. Con estos argumentos, encontraron que el Kent era la mejor opción.

¿Ellos conocían el colegio antes de que tú ingresaras?

No, lo que pasa es que ellos trabajan en el área de medicina de la Universidad de Chile y tenían un compañero de labores que tenía a sus hijos en el Kent. Como este colega tenía una buena experiencia, les dio excelentes referencias a mis padres del Kent. Además una de las hijas del compañero de mis papás, Carla Orellana, fue compañera mía.

Cuando tú ingresas al Kent ¿Qué fue lo que te llamó la atención en los primeros años?

Lo primero que captó mi atención fue que en ese entonces el colegio era súper chico y yo cuando lo dibujaba, lo hacía como una casa con un triángulo arriba y un cuadrado abajo. Para mí ir al colegio era ir a una casa, entonces lo primero que veo es esta vivienda, en la cual casi me imaginaba que tenía una chimenea y abuelitos adentro, era como bien de cuento jajaja.

¿Cómo lo pasabas estando en el colegio?

Lo pasaba súper bien, los primeros días de clases nunca lloré, estaba súper contenta y los cursos iniciales, sobretodo el prekinder, éramos pocos alumnos. Me acuerdo de todos ellos y obviamente muchos continuaron hasta cuarto medio. Entonces había un ambiente muy familiar y hogareño. Para mí era como una segunda casa.

Se daban lazos cercanos entre los alumnos por el hecho de ser un colegio pequeño

Sí, claro. De hecho una de mis mejores amigas, Andrea Vázquez, es la hija de mi profesora en prekinder, que es la miss Isabel Sierra. Me causaba mucha impresión que la profesora tuviera una hija en el colegio y que fuera una compañera mía. El tema familiar era muy fuerte.

¿Qué más podrías destacar del colegio en los años siguientes?

Una cosa que destaco mucho es que se potenciaba, a través de actividades extraprogramáticas, que los alumnos se conocieran entre los diversos cursos. Eso lo hablaba con mi hermano, Sergio Mora, que entró dos años después que yo al Kent, pero que también estuvo de prekinder a cuarto medio, y llegábamos a esa conclusión. Estaba el tema de las alianzas, en la que tú entras en primero básico y te sellaban con

un color, en mi caso el blanco. El año pasado me tocó hacer una ayudantía de arquitectura en la Chile y uno de mis alumnos era del Kent. Entonces le digo “Simonetti, ¿eres del Kent?”, me dice “sí, por qué” “porque yo también soy del Kent”. Lo primero que me pregunta es de qué alianza era, jajaja. Eso era muy bonito, porque uno se identificaba por el color que le tocaba. Eso te potencia para conocer a la gente más grande y encuentro que era destacable.

¿Cómo fue tu desempeño en el colegio?

Yo era bien ordenada y matea. Me gustaba estudiar y no era algo que me esforzara por hacerlo. Ya cuando uno es más grande, como en primero medio, uno comienza a ser un poquito más contestataria. Yo criticaba a mis propios compañeros, en ese sentido era muy divertido, porque yo sentía que no estaban haciendo bien las cosas y trataba de ayudarlos, de guiarlos. En un momento pensaba que mis compañeros me odiaban, pero la sorpresa para mí fue que al egreso de cuarto medio me eligieron el espíritu kentiano, que lo dirimen los mismos compañeros, entonces dije “no les caía tan mal, jajaja”. Lo tomaron por el lado positivo.

De los profesores ¿Qué recuerdos tienes?

Me acuerdo que en las clases de inglés, con la miss Amelia y miss Leyla, que ya falleció, hacíamos musicales. Durante todo un semestre trabajábamos para luego mostrarlos a la comunidad kentiana y a los papás. Había mucho esfuerzo detrás de eso, ya que había una cosa de despliegue escenográfico, de diseño de vestuario y de los guiones también. Un año hicimos el musical “Cats” donde se bailaba, actuaba y se cantaba en inglés y el año siguiente hicimos “Amor sin Barreras” (West Side History) Entonces para mí los profesores de inglés fueron bien significativos. El hecho que te permitieran hacer esta actividad más lúdica y de expresión corporal a mí me llevó por otros lados. Mientras yo estaba en el colegio estudiaba danza, entonces para mí, que en la clase de inglés me permitieran ponerme a bailar y a cantar, era increíble, fue aprender de otra forma.

¿Otro maestro que haya dejado una marca en ti?

Sergio Marchant, que fue nuestro profesor jefe en toda la media. Él nos hacía matemáticas pero como profesor jefe nos tocó hacer los consejos de curso, el viaje de estudios y ahí hubo una relación súper cercana. Él fue como un papá para todos nosotros. También destacaría al maestro de música, Juan Aravena, que casi se puso a llorar cuando yo elegí el electivo de artes. El profesor me dijo “no te preocupes, esto es lo mismo que me hizo mi hija, esto es una traición, mi hija está estudiando arquitectura actualmente”, entonces ahí pensé que no era tan terrible, jajaja.

¿Alguno que te haya influenciado para estudiar tu carrera?

El impulso de porqué yo estudié arquitectura viene de los profesores de artes plásticas: Viviana y Miguel Ramírez. El profesor Ramírez me llevaba a concursos de dibujo con alumnos de otros colegios a participar. La profesora Viviana nos hacía maquetear, me decía que yo tenía muy buena mano para hacer maquetas, que de repente podría pensar en arquitectura y entonces ahí también se me abrió el bichito de estudiar dicha carrera.

¿Alguna anécdota?

Una buena anécdota era que cuando comenzaba el año escolar, yo siempre llegaba tarde al primer día de clases entonces no tenía la opción de elegir mi puesto, sino que tenía que sentarme en el asiento que estuviera desocupado. Yo hacía todas las estrategias en las vacaciones con alguna amiga para sentarnos juntas y resulta que eso nunca funcionó. Entonces por lo menos tres años seguidos estuvo el asiento de al lado de Ariel Topaz vacío y decía “qué lata, al lado de un hombre”, pero lo aprendí a conocer y lo pasaba espectacular. Él era muy buena onda, nos reíamos en clase y fue aprender a conocer un amigo a las “malas”.

¿Qué compañeros recuerdas y con cuáles te llevabas mejor en tu etapa del colegio?

Isabel Figueroa, Ariel Topaz, la Andrea Vázquez, Daniela March, la Natalia Suazo, que ahora es músico y que soy su fan número uno, la Marta Escobar y la Carmen Inglés, que es una chica que entró en séptimo básico y que venía de España. Tuvo un año bien rudo de adaptación a la realidad chilena, pero el año pasado se casó y regresó a Europa con su marido.

¿Cómo era tu relación con el curso?

Era súper buena. Ahora cuando uno sale del colegio no te juntas con todos. Yo me veo con las chicas que te mencioné, que somos un grupo de 6 niñas que tratamos de vernos siempre. De hecho a los dos años que habíamos salido, nos desaparecimos unas de otras y nos volvimos a juntar y pactamos que teníamos que reunir una vez al mes. Entonces nos obligábamos un poco a eso y después de ese ritmo un poco estricto, se empezó a dar de manera natural.

¿Alguien más de tu familia estudió en el Kent o está relacionada actualmente con el colegio?

No, solamente yo y mi hermano. Pero yo recomendaría el colegio de todas maneras. Hay una cosa que mi mamá siempre dice y es que ella ve un sello especial en las personas del Kent. Ella se maravilla de mi amistad con mis amigas, de cómo son ellas y encuentra que son personas fabulosas. Mi mamá es profesora universitaria de medicina, entonces tiene un roce constante con gente joven, de primero y segundo año, y siente que hay algo en las personas del Kent que los diferencia.

¿Para ti cuál es el sello que diferencia a la gente del Kent?

Uno ve gente buena, que tiene buenas intenciones, que son responsables y que también son autoexigentes. Eso lo he visto en varias personas, tanto en mis amigas, como en mi hermano y en este alumno de arquitectura que pasó por el Kent. Son personas que sí se autoexige mucho, que eso puede ser muy bueno pero también puede ser muy demandante. El kentiano siempre está buscando cómo alimentarse de la disciplina que está estudiando y yo creo esa es una cuestión que tiene que ver con la formación.

¿Algo más que quieras agregar de tu etapa escolar?

Sí, me pasó una cosa un vez que tiene que ver con la relación que siguen teniendo los ex alumnos del Kent. Te contaba que a mí me gusta mucho ir al teatro y una vez fui con una amiga de la universidad a ver el estreno de una obra. Resultaba que la protagonista era la Fernanda Urrejola, que yo la conocía del colegio y que en ese

entonces ya era famosa. Yo estaba conversando con mi amiga y ella se acercó y me dice “Paola, cómo estás, tanto tiempo”. Yo no lo podía creer, me creía la muerte al lado de mi compañera de la universidad y ella me dijo “te codeas con gente famosa”, jajaja, y eso lo encontré muy loable de parte de ella, ya que la Fernanda era más famosa y que se podía haber quedado con sus amigos, tuvo la delicadeza de acercarse a mí porque me conocía del colegio. Es una cosa que me dejó bien marcada y habla del sello personal de los kentianos, de que salen y siguen sintiéndose conectado de algún modo con la gente que estudió con ellos.

¿Es difícil desconectarse después del colegio?

A mí me costó harto, imagínate que son 14 años que estás dentro de un mismo colegio, conoces plenamente a tus compañeros y a los profesores. Hay un grupo humano que está siempre siendo vigilado, que se ven y se conocen. El Kent era un lugar en donde todos estaban preocupados por ti, si tenías algún problema se enteraba de inmediato tu profesor jefe, te mandaba a llamar y era todo un tema de cuidado. Cuando yo salgo y entro a la Chile, que es una tremenda universidad, yo pensaba que todos eran mis amigos, yo decía “tengo un curso de 100 alumnos o sea voy a tener 100 amigos nuevos” y uno se da cuenta que no es así, los amigos que ahora yo tengo son 4, jajaja. Entonces eso fue bien marcador.

La arquitectura como gestión cultural

Paola desde pequeña tuvo dos pasiones: la danza y la arquitectura. Es por eso que una vez que tuvo que elegir qué carrera seguir, la decisión fue difícil. Luego de mucho pensar, se inclinó por la arquitectura. A pesar que la danza nunca la dejó de lado.

Una vez que egresas del Kent entras a estudiar arquitectura a la Universidad de Chile en el 2002 ¿Qué tan fuerte fue pasar del Kent a la universidad?

En temas académicos no fue tan radical el cambio. El shock fue llegar a una institución que es gigante y que obviamente funciona de manera distinta a un colegio. Pero académicamente yo noté que en comparación con mis compañeros en primer año, estaba mejor preparada para ramos complejos como los de Física, Geometría y Matemáticas. La Matemáticas era la que había pasado con el profesor Marchant en el colegio. Osea que yo estaba en ventaja en comparación a mis compañeros que no habían tenido ese curso. Mucha gente se echó ese ramo y yo lo hacía como si nada.

Ahí tú pudiste comprobar que la enseñanza que tuviste en el colegio te sirvió de sobremanera

Sí, académicamente no tuve dificultades, pero sí tuve problemas de desgaste físico y emocional que producía que me cuestionara si había elegido bien la carrera. En ese punto fue fundamental por un lado la familia y Gabriel Felmer, que era un compañero del Kent que había ingresado también a estudiar arquitectura. De repente nos topábamos en algunos cursos y yo le decía “oye, cómo estás, chuta la cuestión difícil. ¿Te pasas de largo porque no alcanzas a terminar las maquetas?”, “sí, obvio”, me respondía. Entonces ahí uno decía “ya, no estoy tan mal”.

¿Qué puedes destacar de tu carrera?

Hay dos hechos importantísimos en mi carrera. Primero, al pasar a segundo año yo me estaba cuestionando el hecho de seguir estudiando arquitectura por el desgaste físico

y emocional. Justo en esa época se abrió una convocatoria para ir a montar una exposición a Barcelona, en donde se iban a juntar alumnos de diseño y arquitectura de diversos cursos. Mandé mi portafolio con mis trabajos y fue muy bien evaluado. Finalmente fui la única alumna de segundo año que quedó dentro del staff de estudiantes que iban para allá. Eso fue un espaldarazo para mí, sentí que estaba en una carrera que lo estaba haciendo bien y que me estaban evaluando de la misma manera. Entonces con 19 años se me dio la posibilidad de ir a Europa, con un grupo de alumnos más grandes a montar una exposición que tenía que ver con los intercambios que habían ocurrido en arte y cultura entre Barcelona y Santiago de Chile. Esto me obliga a volver al colegio, porque toda la familia del Kent, los Tarragó, viene de España, entonces había mucho vínculo entre la cultura catalana y la cultura chilena. Entrevisté a la miss Amelia la cual me dio muchos datos para darle forma a mi parte en la exposición.

¿Ese trabajo lo realizaste en conjunto con los profesores Guillermo Tejeda y Rodrigo Chauriye (ex kentiano)?

Sí. El 2003 se celebró el año internacional del diseño en Barcelona por lo tanto se invitaba a varios países a hacer una representación. Era interdisciplinaria (arte, cultura y diseño), y Guillermo Tejeda, que vivió mucho tiempo en Barcelona, se enteró de esta convocatoria y dijo “nosotros vamos a ir en representación del país pero como universidad”. Lo que hicimos fueron unos containers que al interior cada uno exponía alguna vivencia de algún catalán. De hecho un compañero hizo su container de la familia Tarragó, que no era la misma del Kent, pero que tenía alguna relación.

¿Cuál fue tu segundo episodio importantísimo en tu carrera?

En el 2007 me sale la posibilidad de ir a Francia. Yo seguía encontrándome con Gabriel Felmer y nos contábamos nuestras anécdotas. Antes de irme a Francia él ya había realizado esta pasantía en París entonces le pregunté cómo fue su experiencia y cómo lo hizo. Él me dijo que por todos lados era recomendable y eso también me impulsó a postular. Una vez que quedo, me vuelvo a juntar con él, le pregunto cómo es la vida y datos prácticos para desenvolverme allá. En resumen, para mí la carrera estuvo bien marcada por esos dos viajes, que fueron cuando yo estoy iniciando la carrera y cuando ya estoy terminando. Para un arquitecto tener la posibilidad de ir a Europa para ver lo que pasa es súper enriquecedor. Ir a Barcelona a ver las obras de Gaudí o ir a Francia y poder ver el Pompidou, para mí fue espectacular.

¿Cómo fue esa experiencia en Francia?

Fue buenísima. Yo entré en un taller donde ingresaban muchos europeos que estaban en el Programa Erasmus, en donde los estudiantes europeos realizan intercambio en universidades de dicho continente. Yo viajé con un compañero de la universidad, pero nos hicimos muy buenos amigos de italianos, españoles y de otros latinoamericanos. Entonces fue un momento más de expansión cultural que de comprender la cultura francesa. Fue una experiencia muy enriquecedora. En términos académicos también fue un plus, el programa de intercambio estudiantil acababa con una presentación que tú hacías frente a una comisión de arquitectos franceses de tu proyecto. Entonces tuve que exponer en francés y parece que efectivamente el tema de la danza me ayudó porque me paré y tuve un desplante maravilloso, dije las palabras apropiadas y

obtuve la mejor nota en el curso. Eso volvió a reafirmar que había elegido bien el tema de la arquitectura.

Regresas a Chile de esta experiencia en Francia y te titulas ¿Qué ocurrió en tu vida?

Me titulo a fines del 2008 y como yo tenía este tema inconcluso con la danza, le digo a mi mamá que yo quería dedicar ese año, el 2009, a la dicha arte. Tuve la posibilidad de bailar en el Teatro de Héctor Noguera, en Peñalolén. A comienzos de año montamos una obra con un amigo, Rodrigo Chaverini, que estudiaba diseño en la Chile y que además estudiaba danza. Estuvimos una temporada de 4 fines de semana en la que estuvimos bailando allá. Eso me reconcilió con la danza. Además, después conocí un profesor que hacía clases en la Chile, en la carrera de danza y él me invitó a tomar tres cursos como alumna libre: un curso teórico y dos cursos prácticos. Estuve todo ese año yendo a las clases con los alumnos de danza y cuando llega diciembre digo “perfecto, bailé en una obra a comienzos de año, luego estudié danza con los bailarines de la Chile, ya me saqué el bichito, la danza me encanta, voy a seguir yendo a verla, pero ahora toca volver al tema de la arquitectura”.

¿Es en ese momento donde comienza tu etapa de docencia?

Claro, justo a inicios del 2010 comenzaron aparecer muchas oportunidades de trabajo. Me llama Albert Tidy, que es el actual director de arquitectura de la Universidad San Sebastián y que había sido director en la Chile cuando yo fui alumna, para ofrecerme una clases. Él sabía que yo era bien “movida” con un grupo de compañeros, con los cuales hacíamos cursos, organizábamos conferencias, encuentros de arquitectos de otras universidades que venían hablar a la Universidad de Chile, entre otras cosas. Entonces Albert me estaba siguiendo la pista y cuando se entera de que estoy sin “pega”, me dice “oye, te tengo una propuesta, es un proyecto académico nuevo en arquitectura en la San Sebastián” y yo acepto. Albert me da el curso de Cultura Arquitectónica, la cual todavía imparto. Junto con esta oferta de trabajo comienzo a investigar qué magíster podría realizar para que me ayudara a pararme con cierta potestad frente a los alumnos. Cuando estaba en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo siempre estuve haciendo eventos culturales y estaba el tema de la danza que me gustaba, entonces elegí el magíster de Gestión Cultural. Aparte de esto, me encuentro con un profesor en la San Sebastián, con el cual había tenido clases en la “U”, y me ofrece ser su ayudante en la dicha universidad. Así comienzo a hacer ayudantías desde el segundo semestre 2010 en la Chile.

Ahora estás terminando el magíster ¿Cómo ha sido esta iniciativa? ¿Además cuáles son tus planes a futuro?

Como quería hacer el magíster para que fuera un aporte en mi carrera académica en arquitectura, lo orienté en esta área. Mi tesis está enfocada en qué manera se pueden hacer políticas culturales vinculadas a la arquitectura, es decir, cómo podemos hacer un programa de educación o de mediación para que las “personas comunes y corrientes” puedan entender la arquitectura como algo constituyente de su cultura. Eso a nivel académico es un aporte muy importante y eso en Chile no está pasando. Estoy mirando muchos referentes de las políticas culturales en Holanda, en Canadá, en Francia, por lo que me están dando ganas de ir para allá. Creo que terminando el magíster, postularé a alguna beca para hacer un segundo magíster o el doctorado en el extranjero, en especial en los países antes mencionados.

También participaste de un proyecto social y cultural llamado Fronteras ¿Puedes profundizar un poco en ello?

En enero del 2010, con todo este tema de la gestión cultural, me vuelve a llamar Rodrigo Chaverini, pero esta vez para desarrollar un proyecto social llamado Fronteras. Esta iniciativa es un festival que se hace a nivel mundial, en donde un grupo local lo toma y lo desarrolla. Este grupo se encarga de la convocatoria y consiguen el grupo de niños a los cuales se les hace clases. Es un programa educativo, en el cual se invita a artistas de otros países a que vengan a entregar talleres artísticos a niños y jóvenes de escasos recursos o de ciertas comunas más vulnerables. Estuvimos todo el 2010 trabajando para esto y en el verano del 2011 se puso en marcha el proyecto. Se realizó una convocatoria y llegó un artista coreano, una artista francesa, cuatro chicos brasileños, una colombiana y una argentina. Tuvo una convocatoria súper buena lo que nos dio potencia como plan. Lo interesante de este proyecto es que es interdisciplinario porque puede venir gente de distintas áreas artísticas y también interculturales. Yo me di cuenta que los chicos aprenden arte y además están aprendiendo otra cultura, lo cual es muy enriquecedor para ellos, sobretodo para chicos que no van a tener la posibilidad de viajar mucho por el mundo.

Finalmente ¿Qué mensaje le dejas a la comunidad kentiana?

Que los años que uno pasa en el colegio es una de las mejores en la vida. Yo lo pasaba excelente y creo que el cambio uno lo nota cuando entra a la universidad. En el colegio lo pasas bien y te haces de muchos amigos. Le digo a la comunidad kentiana que aproveche las cosas que no tienen que ver con las mallas curriculares o con los programas académicos. Aprovechar mucho la calidad de las personas que hay allí, hay un capital humano en el Kent, tanto por parte de los profesores, como de los funcionarios y de los alumnos que yo creo que es muy enriquecedor. Tú te estás armando como persona y toda la gente que te rodea en ese ambiente educativo te están armando a ti también. Entonces hay que aprovechar de sobremanera ese punto.